

Frente libertario

Madrid, 13 de julio de 1938

Editado por el Comité de Defensa Contederal, del Centro

NUMERO 521

Si todos imitamos el ejemplo de bravura y heroísmo de nuestros soldados del frente de Levante, nada ni nadie podrá impedir la victoria del pueblo

En las horas graves y decisivas que estamos atravesando se plantea con carácter de inaplazable la necesidad de forzar al máximo todos los recursos de resistencia y de lucha de los trabajadores españoles. Todos tenemos el deber ineludible de poner todas nuestras energías y todos nuestros sacrificios a disposición de la causa de libertad y de vida digna por la que se han sacrificado generaciones enteras. Hay que libertarse a toda costa del yugo de opresión y de tiranía con que el capitalismo mundial quiere someter a su férula al proletariado español. Y para ello debemos todos cumplir hasta el fin con los deberes que nuestra misma conciencia nos impone. en la seguridad de que si sabemos ser fuertes y dignos de la tradición de nuestro país, la victoria no tardará en alumbrar los horizontes españoles, hoy ensombrecidos por el humo de las batallas.

Múltiples han sido los ejemplos de abnegación y de heroísmo que a lo largo de los meses que está durando la contienda en España han dado nuestros trabajadores; aparatosos avances del enemigo cortados en seco por la resistencia de nuestros soldados, gigantesco esfuerzo de organización coronados por el más halagüeño de los éxitos, son un claro exponente de la capacidad combativa y de resistencia de nuestro pueblo. Y ahora, cuando el enemigo está intentando los supremos ataques para ver de doblegar nuestra resistencia, cuando a punto de agotarse sus posibilidades en combates y en armamentos intenta un golpe de efecto que anule de una vez todo el edificio hecho a costa de tanta sangre y de tanta abnegación, también son nuestros soldados, los heroicos soldados que cubren nuestro frente de Levante, los que, haciendo un alarde de sentimientos revolucionarios y de fe en el triunfo de sus ideales, se pegan a la tierra, cortan e impiden todos sus intentos de avance, y se convierten en ejemplo vivo y palpitante de cuáles son los gigantes resultados que puede conseguir un pueblo dispuesto a todos los sacrificios y a todas las abnegaciones para conseguir la victoria.

Si nos faltasen ejemplos heroicos que imitar a todos los antifascistas españoles —y antes al contrario los tenemos en abundancia extraordinaria—, ahí está la gesta de nuestros combatientes del frente de Levante.

Sin una flaqueza, sin un desfallecimiento, guiados y sostenidos siempre por un incontenible afán de victoria, nuestros soldados no vacilan en marchar de una manera firme y decidida al cumplimiento de su deber,

por duras que sean las circunstancias que a ese cumplimiento lo rodean y por costosos que sean los sacrificios que tengan que realizar. Nada es demasiado para nuestros soldados; nunca tiene un límite superior su abnegación y a un heroísmo sucede otro mayor y a una resistencia sin precedentes en la historia del mismo, suceden audacias inconcebibles para quienes desde fuera de nuestro propio ambiente siguen con interés las incidencias de nuestra lucha.

Pero, además, ese heroísmo y esa abnegación al servicio de nuestros nobles ideales tiene una doble finalidad, una doble virtud. Por una parte, contribuye de una manera directa e inmediata de destruir a las fuerzas enemigas, a desbaratar los planes de los invasores y a echar por tierra todos los castillos en el aire que éstos hayan podido edificar respecto al final próximo y victorioso para ellos de la guerra que tiene como escenario nuestros campos y nuestras ciudades. Pero es que, por otra parte, ese heroísmo de nuestros soldados de Levante contribuye a avivar la llama de entusiasmo que arde en todos los pechos proletarios de España, y a hacer que todos nuestros hombres se apliquen con renovados ímpetus al logro de las premisas de revolución y de victoria que los lanzaron a la lucha en la cual se encuentran empeñados desde hace dos años.

Son, pues, nuestros soldados una doble palanca de victoria; para nuestros enemigos muro indoblegable; para nuestros hermanos de lucha y de clase ejemplo vivo y palpitante de hombres conscientes que saben cumplir hasta el fin con los deberes que la guerra impone. Y este ejemplo ni puede ser ni será baldío. La

gesta de nuestro Ejército en tierras de Levante, hace que por todos los campos y ciudades de la España leal se alce un gigantesco clamor de fe en la victoria, que asegura de una manera cierta e inexorable el triunfo de nuestras armas.

Como en otro tiempo venía el ejemplo para todos los antifascistas de las trincheras que rodeaban Madrid, de los campos de Levante viene ahora ese mismo ejemplo de abnegación y de heroísmo. Son nuestros soldados los que vuelven a ser ese ejemplo vivo que necesitan los pueblos para lanzarse a la lucha; son hermanos nuestros, camaradas de lucha, de clase, de persecución y de ideas proletarias, los que en las feraces tierras levantinas, en las altas mesetas turolenses, están poniendo de relieve cuál debe ser la conducta de todos los hombres que se precien de revolucionarios y de antifascistas. Nuestros soldados marcan la pauta a seguir; ellos indican cuál es el camino que conduce de una manera segura a la victoria; ahora corresponde a todos los proletarios españoles penetrarse claramente del heroísmo de nuestros soldados, y aceptando el ejemplo que ellos mismos nos brindan con su conducta insuperable, canalizar todas nuestras energías en ese sentido; en ese sentido que es la victoria próxima lo que equivale a decir libertad segura, pan redimido y vida digna.

Y tengamos la plena seguridad de que si somos capaces de imitar el ejemplo de bravura y de heroísmo que nos brindan nuestros combatientes de los frentes levantinos nada ni nadie podrá impedir la victoria de nuestro pueblo.

CADA UNO ES HIJO DE SUS OBRAS

Las clases en la guerra y en la revolución

Desearnos hablar ahora de la clase media, de la mesocracia española, estudiando con rapidez su evolución durante la guerra. De esa clase media que se pasó la vida limpiando las libreas de los ricos y recogiendo sus migajas y su desprecio. Sobre todo su desprecio, porque molestaba a los ricos que quisieran confundirse con ellos en trajes, en costumbres y en licencias con... tan escasos sueldos. Los ricos sabían cómo

pagaban a militares, magistrados, empleados y funcionarios públicos. Nadie se asuste. Los pagaban ellos, porque estaban a ellos y a su servicio exclusivo vinculados. Y no comprendían cómo podían alternar en fiestas mundanas las damas de la clase media y menos aún cómo podían llevar trajes de noche que tapaban menos todavía que los tules y sedas de las encofetadas damas de la aristocracia. Pues todo salía—se-

ñores ricos— del estómago, es decir, de no comer o de comer muy mal. Un huevo frito, unas patatas viudas, unas sopas de ajo... ¡Pobre clase media!

Buenos trajes, alhajas, cachupinadas. El caso era parecerse a los ricos y servirles de lacayos. La moralidad de la clase media se corrompió tanto que era espectáculo diario ver a un empleado camino de la cárcel por haber hurgado en la caja del rico, y a la vez a un rico que se

Y es que no podía esa clase media renunciar a su estupidez. Y cuando caía, y antes de confundirse con el pueblo, prefería marchar a la cárcel. Jamás pensó en que era pueblo y que tenía que sumirse en él para elevarse y ganar dignidad.

Hasta que llegó el 19 de julio. En ese día y siguientes empezó a verse por dentro la mesocracia.

Y empezó a pensar. Recorrió su vida de mendiga errante y sin altivez. Recordó que el último Gobierno de la República, aquél que se encontró de la noche a la mañana sin Ejército y sin armas para defender a un pueblo, estaba en su mayoría formado por hombres de la clase media. Es decir, que el pueblo, deseoso de que adquiriese la mesocracia independencia y autoridad había puesto los escalones para que subiera a gobernar, ansioso de saber si desde el Gobierno se entregaba al pueblo o al capitalismo. Y la conclusión no pudo ser más desalentadora.

Pensando, la clase media comprobó que era pueblo, porque era productora. Le habían separado de los trabajadores sus gustos refinados —cebo que le pusieron los ricos para encadenarla—, sus trajes, su vanidad y sus ambiciones de figurar y alcanzar gloria. Pero, ¿había hecho otra cosa que trabajar toda su vida para mal vivir? Y si trabajaba antes y ahora —único patrimonio— ¿qué podía divorciarle del proletariado y de sus finalidades? En realidad, nada. Así como los pequeños industriales sucumben y quedan devorados por los "trusts" y las concentraciones económicas de banqueros y capitalistas, la clase media, abandonada por los ricos y privilegiados de siempre a la hora de entablar combate contra el pueblo, tenía que revertir a la clase proletaria, de la que salió y a la que renunció con pujos de medrar y sin ver que compraban con migajas y desprecios su falta de personalidad y sus humillaciones rastreras.

Por de pronto, se volcó en las Organizaciones obreras. Tenía miedo y hambre. No era poco. Y empezaba a comprender que podía tener hambre, pero que también podía tener, para su hambre, dignidad. Ya veremos en otros artículos cómo siente una y otra, lo que aporta hoy y cómo evoluciona.

Leed CASTILLA LIBRE

Frente libertario

Redacción y Administración

COMITE DE DEFENSA

(Sección de Propaganda)

Serrano, 111 Teléfono 58653

El pueblo, que todo lo da, debe ser el destinatario cierto de todos nuestros pensamientos y de todas nuestras iniciativas

No es nuestra lucha combate entre dos imperialismos enemigos, pero en el fondo de idéntica naturaleza; nuestra lucha tiene un carácter eminentemente clasista que no debe olvidarse en ningún momento; a un lado el privilegio, al otro la igualdad; a una parte el capitalismo, en la otra el proletariado; aquellos luchando por conservar la injusticia y el abuso, nosotros luchando con todo nuestro coraje por la abolición de esas tiranías. Y una vez planteada así claramente, las contrapuestas finalidades que guían a los rebeldes y a los antifascistas, es necesario determinar de una manera cierta y definitiva cuáles son los elementos que es preciso tener en cuenta preferentemente en nuestro campo para que nuestra capacidad combativa, lejos de disminuir, aumente en una progresión creciente, hasta que terminen por imponer su vigor y su trascendencia a las fuerzas coaligadas de la dominación y de la tiranía.

En nuestro campo, el motor de nuestra lucha, la reserva única pero exuberante de energías, es siempre, ineludiblemente, el pueblo. El pueblo es el que lucha, combate y se sacrifica; el pueblo es el que todo lo da; del pueblo, sólo del pueblo, nacen nuestros recursos de combate, nuestras posibilidades de victoria; por consiguiente, lógicamente, es el pueblo a quien hay que prestar atención preferente y es al pueblo, sólo al pueblo, a quien es necesario entusiasmar, no sólo ante las perspectivas lejanas que la victoria definitiva pueda ofrecernos, sino también en lo que a las perspectivas inmediatas, próximas, hace referencia. El que nos encontremos en guerra no es obstáculo, antes al contrario, es un incentivo más para iniciar una vigorosa política de amplias y sinceras satisfacciones al pueblo. Cuando tantos sacrificios se piden, cuando tantos sacrificios se aceptan y se hacen, aun sin ser pedidos, es lógico que se pretenda dar en el más breve plazo posible las inmediatas satisfacciones que sean una compensación, en cierto modo, de aquellos sacrificios. Por eso, hoy, aun en plena lucha, y más aun porque en plena lucha nos encontramos, el pueblo debe ser el destinatario de todas las iniciativas y de todas las medidas que se adopten. En el pueblo debe pensarse siempre que se proyecte una decisión. Y los intereses del pueblo, del pueblo como entidad genérica y no como grupo particular, deben ser en todo momento la palanca que mueva nuestro pensamiento y que inspire nuestras acciones.

Es necesario mover al pueblo, porque de su acción, de su dinamismo ha de nacer nuestro triunfo; pero hay que moverlo por entusiasmo y no por fuerza; hay que orientar su marcha, no pretender iniciarla con una norma coactiva.

Para ello nada más eficaz, nada más atinado, que una política de progresivas e inmediatas satisfacciones al pueblo; cuando éste percibe por sí mismo las consecuencias lógicas de una política que se hace pensando en él y sólo en él, no es necesario pedirle coactivamente su colaboración, sino que la otorga de una manera espontánea y en mucho mayor medida de lo que nadie hubiera pensado en pedir. Es, por consiguiente, en esa política de satisfacción de los anhelos y de los deseos populares donde está el punto de apoyo de toda nuestra resistencia de hoy de nuestra ofensiva victoriosa del mañana. Fomentémosla; hagamos que fructifique inmediatamente en nuevas y más brías decisiones. Y así la victoria se convierte en algo seguro, cierto; en algo tan seguro y cierto como es el mismo pasar de los días y el constante sucederse de las noches.

VENTANO AL MUNDO

La cuadrilla de clérigos y leguleyos contesta en "chino" a Londres, mientras otro "observador" es herido

Ya se ha recibido la nota aclaratoria de Burgos en Londres; pero es tan camelística, tan deliberadamente oscura como fueron las contestaciones a las notas sobre los bombardeos que originaron estas reiteradas misivas oficiales del Foreign Office a la Junta facciosa burgalesa. Tan oscura es y tan insultante, pues son tres las notas cruzadas, que Chamberlain se ha servido mandársela a los juristas británicos para que la descifren...

Esta falta de respeto al Gobierno de Su Majestad británica habrá hecho que reflexione sobre su trágico destino este estadista genial que se llama Neville Chamberlain, gobernante sin par de la primera potencia continental. Así contesta la Junta facciosa a Londres: "En chino", cual si Inglaterra hubiese descendido a ser una potencia de tercer orden, y como no hay efecto sin causa, ahí está este otro efecto de esta causa primera de la transigencia inglesa para con los violadores de

todos los derechos y normas: la aviación italiana ha intentado bombardear Valencia, habiendo sido agredido otro barco inglés, el "York-breck", siendo alcanzado por la metralla fascista otro observador del control, de nacionalidad belga.

Burgos sigue mofándose de Londres, aunque parezca absurdo; la catterva de castrenses y de clérigos, letrados y demás cerriles personas, siguen poniendo a prueba la paciencia de los sires, los mister y los lores del Gobierno Chamberlain, rehuyendo el juego limpio, pero con respecto a los barcos con pabellón británico continúan por el mismo camino, cual si indirectamente quisieran facilitar la aclaración de la tercera nota enviada a Chamberlain, hiriéndole un observador controlador más.

Si tal ocurre con respecto al problema de España, eje de todos los que hoy tanto hacen sudar a Chamberlain, por no decidirse a actuar energicamente, en la "tierra santa" continúa el duelo sangriento entre judíos y musulmanes; así como la ola de terror desencadenada por los agentes del fascismo italoalemán recuerdan todos los días a la Gran Bretaña a qué precio está pagando su política no intervencionista: ocho marineros ingleses han sido heridos por la metralla de una de las bombas que los fascistas prepararon en Haffa, al mismo tiempo que desde Berlín nos llega la noticia del día: un periódico de París ha publicado un documento secreto del Estado Mayor del Ejército alemán, en el que se proclama por el general von Reichenau lo que dijimos en estas columnas hace días; que el fascismo se ha instalado en las líneas estratégicas de Francia e Inglaterra, a consecuencia de lo cual las potencias de Occidente han perdido el Mediterráneo.

Falta de respeto de la cuadrilla municipal de Burgos a Londres; crudelismo del problema de Palestina; amenaza del Ejército alemán a Francia e Inglaterra, pudiendo permitirse el lujo de decir que cuando quiera el fascismo italoalemán cortarán las comunicaciones de Francia e Inglaterra en el Mare Nostrum... Todo esto es la consecuencia de la política balbuceante que se ha seguido desde Londres y desde París.

Que sigan, pues, como hasta aquí haciendo el juego a sus propios enemigos, olvidando que es España, la resistencia de nuestro Ejército popular, la que está desangrándose para evitar que tal realidad trágica se haga irremediable.

FRENTE LIBERTARIO

PUBLICA SU DICCIONARIO

(Continuación.)

EFICACIA. — Tiene con nuestros actos la misma relación que la Medicina respecto a la enfermedad. La cuestión es acertar.

EGOISMO. — Origen demostrado de todos los "disgustillos" que "disfruta" la Humanidad. Tiene un extenso campo de acción. Va desde negar un panecillo cuando se tienen dos, hasta desencadenar una guerra con todos sus horrores.

EGOISTA. — Al que lo es, hay mu-

chos que le llaman "previsor", "ahorrativo", "que piensa en el mañana", y otras lindezas por el estilo.

EJE. — Palabra capicúa y por donde nos parten cuando no nos dejan salirnos con la nuestra.

ELEI. — Castizos que somos en la cá-l'Arganzuela!

ELECCIONES. — Reconocimiento médico, de sabor popular, pero en el que, generalmente, el enfermo sabe más que el médico.

ELECTOR. — Individuo, en muchos casos, de una buena fe que asusta, que cumple calladamente con lo que dicen es su deber, y que con toda ingenuidad cree que los demás cumplirán con el suyo.

ELECTRICIDAD. — Como no ha habido nadie, hasta ahora, que sepa "lo que es", nosotros no podemos decir más que "es un fluido que se siente y se paga".

ELEFANTE. — Es un animal muy grande. De los cuadrúpedos, el más grande. Pero eso... no quiere decir nada.

VISADO POR LA CENSURA

Del 9 largo

Seguimos andando, amigo Teótimo, por las rutas intrincadas de la camelancia.

Vete con cuidado. Si ves una piedra en el camino, que puede servir para que tropieces tú o pueda tropezar otro, no la quites. Sería un acto que te censurarian. En los caminos no hay piedras; es decir, no debe haberlas. Un camino que se estime en algo, no tiene piedras.

Por este motivo, querido Teótimo, cuando veas algún pedruzquillo en la carretera, salte de ella, tira a campo traviesa. No te verá nadie y es fácil que llegues antes a donde vayas.

Sin embargo, es conveniente, inclito Teótimo, que para no tropezar con las piedras, que siempre están al nivel del camino, si te decides a ir por la carretera, te procures una carroza, un simple carrito, si no encuentras otra cosa.

Procúrate también unos cuantos desocupados que te empujen la carroza o el carrito, y al poco tiempo... ni sabrás si hay piedras en el camino. Los que te empujen, tampoco las verán; es decir, las verán, pero no tropezarán en ellas y las dejarán allí... para que tropiecen los que no quieran empujar tu carrito.

Y serán éstos los que a gritos te digan que hay que limpiar el camino de piedras, pero como tú no las has visto desde tu carrito, ni los que te empujan te han hablado de piedras, te enfadarás y negarás que haya piedras en la carretera, aunque los que no te empujen te muestren sus pies sangrando por tropezar.

Y tú, amado Teótimo, ¿qué te dirán en el camino? ¿Te seguirán...?

Aunque reconozcas que hay piedras, por algún vaivén de tu carroza, tú seguirás...

Hasta que se cansen los que te empujan o se adelanten los que no te quieren empujar.

S. U. de las I. del P. y A. G.C.N.T.